

## Hay un hombre en la pieza

*Una historia de erotismo, miedo y denso misterio*

CLA primera vista —pero muy a primera vista—, Verónica es una oficinista santiaguina común y corriente. A segunda, verá que es una mujer con rasgos intrigantes. Desde luego, la pobre muchacha (o mejor ex-muchacha, porque ya pasó la bariera de los 30 años) sufre, sin percatarse, de una fuerte represión sexual. Herencia de su madre, herencia de su tía, también muerta. Vive sola. Es virgen. Chapada a la antigua. Tremendamente timida.

Por todo esto, resulta extraordinario que un día, al llegar de regreso del trabajo a su departamento, se encuentre con que una luz asoma por debajo de la puerta. Si eso fuera todo, no sería nada; al abrir descubre que en el interior hay un hombre insalado esperándola.

El hombre "estaba allí leyendo el diario, sentado, pierna cruzada, como de siempre. Verónica se acordó de las indicaciones de la tía Ester: nunca un hombre en esta casa, toda mujer debe estar siempre vigilando su prestigio, no hay que dar que hablar, evitar los comentarios..." Dentro de poco, todo esto resultará ser lo de menos en la tensa, nerviosa novela de Marco Antonio de la Parra *El deseo se rodea de ladradas* (Ed. del Ornitorrinco, Santiago, 1987; 215 págs.).

El escritor se inicia así como novelista. Antes había escrito varias obras tratadas: *Lo crudo, lo cocido y lo podrido*, *Mata tangos*, *La secreta obscuridad de cada día*, además de ser coautor en dos creaciones colectivas del grupo Ictus: *Lindo país en quiebra con vista al mar* y *La mar es todo serena*. En el campo narrativo la misma editorial Ornitorrinco le publicó el año pasado un volumen de cuentos con el sugerente título de *Sueños eróticos/Amores imposibles*.

### \* La sombra de Peter Brown

El deseo aparece con el respaldo que significa haber obtenido el primer premio en el concurso de novelas que organizó la propia Ornitorrinco, el cual fue resuelto por un jurado compuesto por José Donoso, Jorge Edwards, Alfonso Calderón y Añel Dorfman.

En sus "agradecimientos", al final del libro, De la Parra incluye, después de hacer una muy breve enumeración de personas, "... a Sigmund Freud, Melanie Klein y otros. Yo sé por qué". Al llegar a esas alturas, con la novela ancora en el

cuerpo, el lector podrá no "saber por qué", pero difícilmente logrará sorprenderse: el argumento, los problemas de Verónica y cierta especial penetración en los laberintos de la mente, sugieren a Freud y delatan la profesión del escritor, que es sicoterapeuta.

Lo primero que dice Verónica al enfrentarse a su desconocido visitante es casi irracional: "¿Cómo entré aquí?". Las respuestas que obtendrá de él no van a ser muchas. El hombre insiste en que él es quien hace las preguntas. Y no son tradicionales las que comienza a dirigirle. Una sobre todo, que se refiere a "Peter". Ella se extraña al escucharle el nombre. "¿Qué Peter? musita. "Verónica" —dice el tipo—, no se haga la tonta". Entonces "ella sintió un frío enorme dentro suyo".

El misterioso visitante alterna suavidad y rudeza en su trato. Le ordena cerrar la puerta, y cuando la mujer quiere freudianamente "¿Qué me va a hacer?", él insiste en la orden mientras "sus ojos le parecieron a Verónica flamigeros, terribles, dos brazos que la empujaban, un rayo de hielo en su corazón de secretaria, digeridora, amable funcionaria, discinguida, no la ve señor Weisz, toda una joya, ni un problema, una mosca muerta, un pajarrito, no le hace mal a nadie ¿no es así?, ¡no es así!, ¿no es así?".

Cuando Verónica le ha obedecido, él le pide permiso para sentarse a su vez, y vuelve al tema: "... hay mucha gente interesada en ubicar a Peter Brown, si, al mismo que usted tanto quiere y por el que tanto debe estar sufriendo...".

Aude a unos papeles de Peter Brown, que ella tendría que tener. De cuando en cuando, a lo largo de la conversación, deja caer datos sobre la vida de Verónica, su trabajo en la oficina, su pasado de hija y sobrina de su madre y su tía, incluso algunas aspiraciones suyas secretas.

De pronto llama por teléfono el señor Lehuedé, el jefe. Contesta ella, y le cae una "rociada" terrible: que cometió un error caro, que va a perder la paga. "¿Para eso la llama su jefe?", pregunta el desconocido cuando ella cuelga, "¿Siempre la molesta así?". Verónica sospecha entonces que fue el señor Lehuedé quien mandó aca al intruso.

El señor Lehuedé... El señor Lehuedé

va a tener sus propios, agudos problemas, aunque no van a durarle demasiado tiempo. Pero esa es casi otra historia.

### ● ¿Qué le pasó a Ruth?

Entre tanto, Verónica vuelve a la oficina, cree volver incluso a la normalidad. Se sorprende gratamente, al llegar a trabajar, viendo que se la ganó el señor Lehuedé. Le extraña, aunque no en exceso, que él dejara la luz prendida, que no se llevara un regalo que le había pedido comprar para un cumpleaños del día antes...

Se encoge un poco de hombres. Para ella y su compañera Cinthia, esto significa poco más que un bienvenido "calducho" burocrático.

Sin embargo, los misterios siguen. El desconocido se transforma en *habitante* del departamento, con serio riesgo para el prestigio de la soltera puritana. Un día, no entra por la puerta sino por la ventana que da al interior. Otro día le cambia la cerradura a la puerta. Sugiere que ella corre peligro, que le puede pasar lo que a Ruth. ¿Qué le pasó a Ruth?

Murió.

El miedo se mete en el departamento, en la novela, igual que el agua por un agujero. Igual que las palabras por entre las páginas. De la Parra cuenta con prisas, casi a ritmo de jazz. Sugiere, bosqueja, avanza sin pecar ni dar reposo. A un sueño se superpone otro sueño y a una realidad, ora, en un laberinto vertiginoso, intrigante, temido. □ G.B.

**AUTORÍA**

G. B.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1987

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Hay un hombre en la pieza [artículo] G. B.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)